

## Reflexiones en torno al imperialismo norteamericano en 1898

El período que comprende la última década del siglo XIX y los primeros años del siglo XX hasta la Primera Guerra Mundial, se define frecuentemente en los libros de texto como la época del imperialismo norteamericano. Su momento culminante puede verse en 1898, año en que el gobierno de McKinley anexionó una serie de territorios no contiguos al de los Estados Unidos.

En abril de 1898, tras una serie de incidentes que habían empeorado progresivamente las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos, el Congreso norteamericano declaró la guerra a España con el fin explícito de poner fin a la guerra hispano-cubana que duraba ya más de tres años, interviniendo en favor de los nacionalistas cubanos. Como bien es sabido, la guerra tuvo como teatro de operaciones los restos del imperio colonial español y concluyó con una derrota española rápida y decisiva. En el tratado de París que ponía fin oficial a las hostilidades, los Estados Unidos adquirían prácticamente todo lo que quedaba del imperio colonial español (Cuba, Puerto Rico, Filipinas y algunas dependencias de menor importancia).

En junio y julio de 1898, durante la guerra hispano-norteamericana, el Congreso de los Estados Unidos aprobó, y el presidente firmó, un tratado por el que el archipiélago de Hawai pasaba a pertenecer a los Estados Unidos.

Estos son los hechos que más frecuentemente se citan al hablar del imperialismo norteamericano. Mucho menor es el acuerdo cuando se trata de dar una explicación a este imperialismo. La gama de posibles causas aducidas es muy extensa.

Podemos, sin embargo, dividir las en tres grupos. Tenemos en primer lugar las teorías que tratan de legitimar esta expansión ultramarina en nombre de un principio metafísico o biológico. Tenemos así los argumentos esgrimidos por los representantes de diversas sectas religiosas que trataban de justificar el imperialismo como un instrumento de evangelización<sup>1</sup>. Al mismo tipo de razonamiento pertenecen los argumentos que, basados en la premisa de que

<sup>1</sup> Según Pratt, el propio McKinley estaba bajo la influencia de este argumento, de anexión de Filipinas. Ver JULIUS W. PRATT, *Expansionists of 1898*, Baltimore, 1936, p. 316.

la sociedad norteamericana era superior política y económicamente, tendían a justificar la expansión como un beneficio otorgado a los territorios anexionados (este mismo supuesto lo utilizaban los antiexpansionistas, que alegaban que las anexiones dañarían la integridad de las instituciones norteamericanas). Un paso más en esta dirección es el dado por los racistas y darwinistas sociales, que se basaban no ya en la superioridad de las instituciones norteamericanas, sino en la de la raza anglosajona, providencialmente destinada, según ellos, a regir los destinos del mundo. Naturalmente, muchos de los argumentos que yo separo aquí por razones de sistema se ofrecían mezclados y en muchos casos se consideraban equivalentes. Pese a su indudable interés no nos detendremos más en estas absurdas —aunque sorprendentemente difundidas— apologías del imperialismo. Veremos con más detalle los otros dos grupos de teorías, a saber, las económicas y las políticas.

*Teorías económicas.*—La última década del siglo XIX registra un proceso intenso y acelerado de concentración y fusión en la industria norteamericana. Esta había venido experimentando una gran tasa de crecimiento desde el final de la Guerra de Secesión, y este intenso desarrollo entrañó una fuerte tendencia a la aparición de empresas de gran tamaño, especialmente en las ramas industriales más progresivas. Esta es la década también en que el volumen de producción industrial supera al agrícola (que pasa a ocupar un segundo puesto) en términos monetarios. Es indudable que estos dos fenómenos simultáneos colocaron en manos de los capitanes de industria una cantidad de poder sin precedentes.

El enorme desarrollo industrial fué debido —aunque no exclusivamente, por supuesto— a los enormes y variados recursos del territorio norteamericano; pero el desarrollo entrañó a su vez tal diversificación, que fueron haciéndose indispensables cantidades crecientes de materias primas que no existían en los Estados Unidos o, al menos, que no estaban disponibles a precios normales o en las cantidades requeridas. Así ocurría, por ejemplo, con el caucho, el azúcar, el manganeso, etc. Es razonable suponer que los industriales norteamericanos, deseosos de asegurarse un abastecimiento regular, presionaran en favor de una política de anexión de aquellos territorios que produjesen las deseadas materias primas.

Por otra parte, el aumento del volumen de producción planteaba problemas cada vez más graves. El nivel de precios disminuyó apreciablemente durante los últimos treinta años del siglo XIX, al tiempo que la oferta monetaria se triplicaba con creces. Este es un claro indicio de que el aparato productivo norteamericano se encontraba continuamente con una amenaza de superproducción. Esto ocurría en el campo de la agricultura más aún que en el de la industria, cuya producción, al fin y al cabo, puede regularse a plazo corto. Pueden señalarse tres grandes depresiones durante estos tres decenios: las de 1873, 1884 y 1893. La depresión de 1893 se interrumpió brevemente en 1895, pero se prolongó hasta 1898. No hay duda de que el movimiento de concentración y fusión era una respuesta, en parte, a esta amenaza constante de superproducción. Se brindaban otras soluciones, que eran —aparte de la muy controvertida cuestión de la acuñación de plata— los altos aranceles y las ventas al exterior. El miedo a la superproducción era un estímulo para la búsqueda de mercados extranjeros. En realidad, las ventas al exterior se complementaban con la presión en favor de altos aranceles. Las elevadas tarifas

restringirían la competencia extranjera, reservando el mercado doméstico para la producción nacional. Los mercados extranjeros absorberían los excedentes, especialmente en períodos depresivos. Si tenemos en cuenta que los años anteriores a 1898 fueron, con la excepción de 1895, años depresivos, parece razonable suponer que esto significaría una razón de peso para propugnar una política expansionista.

Otro atractivo que tenía la anexión de nuevos territorios era el de ofrecer nuevos campos de inversión. Cierto es que en este período los Estados Unidos estaban importando mucho más capital del que exportaban; pero el hecho es que exportaban una cantidad muy considerable, especialmente para la obtención de aquellos productos que no abundaban en el país. En otras palabras, aunque el aparato productivo norteamericano no estaba saturado de capital y había grandes oportunidades para la inversión doméstica, los capitalistas norteamericanos habían invertido en el extranjero casi 700 millones de dólares en 1897<sup>2</sup>, muchos de ellos en países de dudosa estabilidad política y financiera, y tampoco es de extrañar que estos inversores quisieran ver sus negocios protegidos por la ley norteamericana.

Un reciente libro del profesor Lafeber<sup>3</sup> muestra de manera concluyente la importancia que los factores económicos tuvieron en la política imperialista norteamericana, concretamente los efectos de la crisis de 1893 y las estrechas relaciones entre los hombres de negocios y los políticos expansionistas. Sin embargo, por poderosas que se nos aparezcan estas causas económicas, hay que someterlas a una serie de observaciones y reservas. En primer lugar, el comercio exterior norteamericano, aunque creció rápidamente durante el período 1870-1900, disminuyó en relación con la renta nacional. Además, la mayor parte de este comercio no se realizaba con los países subdesarrollados, sobre los que los Estados Unidos podían extender su brazo protector y dominante, sino con los países industriales europeos, cuyo influjo inversor era tan esencial y cuya competencia era tan temida. Además, el imperio insular conquistado en 1898 representaba un mercado muy pequeño comparado con la capacidad productiva norteamericana (en 1913, por ejemplo, el comercio con Puerto Rico, Alaska, Filipinas y Hawai era un 5 por 100 del comercio exterior norteamericano, que a su vez venía a ser menos de un 10 por 100 de la renta nacional<sup>4</sup>). La extensión territorial de estas islas es pequeña relativamente y el bajo nivel de vida de su población difícilmente podía constituir un mercado de consideración para la capacidad productiva norteamericana. Por otra parte, si la norteamericana era una política de expansión de mercados por medio de la anexión política, resulta difícil explicar el hecho de que los Estados Unidos dieran independencia formal (por más que la enmienda Platt la hiciera frágil) a Cuba. También es contradictorio el que las dos únicas otras adquisiciones de los Estados Unidos después de 1898 —la zona del Canal de Panamá y las Islas Vírgenes— tengan un valor prácticamente nulo como mercados. Verdad es que el canal de Panamá tenía importancia como vía comercial, pero hay muchas razones para suponer que los motivos determinantes de su construcción fueron estratégicos más bien que comerciales.

<sup>2</sup> Ver GILBERT C. FITE y JIM E. REESE, *An Economic History of the United States*, Cambridge, Massachusetts, 1959, p. 455.

<sup>3</sup> WALTER LAFEBER, *The New Empire*, Ithaca, New York, 1963.

<sup>4</sup> Cf. FITE y REESE, *op. cit.*, pp. 453, 463 y 505.

Además, su valor comercial ha resultado ser más doméstico que internacional, ya que la mayor parte de su tráfico está compuesto por barcos norteamericanos que hacen transporte entre los puertos del Atlántico y los del Pacífico.

*Causas Políticas.*—Podemos incluir aquí una serie de explicaciones cuyo rasgo más común es que niegan la inevitabilidad del imperialismo y lo describen como una serie de circunstancias más o menos aleatorias —o asistemáticas. Por supuesto, el grado de aleatoriedad varía mucho de una a otra versión.

Las ya mencionadas anexiones pueden considerarse como una sucesión de acontecimientos casi independientes de ninguna voluntad particularizada, individual o colectiva.

En el caso de la guerra hispano-norteamericana, fuerza es reconocer que la política de los Estados Unidos tuvo más de paciente que de agresiva. Deseaban desde tiempo atrás apoderarse de la isla, pero se abstuvieron de intervenir aun en los momentos en que los conflictos hispano-cubanos parecían ofrecer ocasión propicia. La insurrección cubana de 1895 empezó sin intervención apreciable por parte norteamericana; aunque el arancel Wilson de 1894 fué la causa inmediata de los levantamientos cubanos, este efecto era totalmente ajeno a la voluntad de los legisladores. La actitud de los inversores norteamericanos en Cuba distaba mucho de ser unánime en favor de la intervención, una vez comenzada la guerra<sup>5</sup>. Fué necesaria una serie de desdichados accidentes (la carta de Dupuy de Lôme insultando a MacKinley, la tragedia del *Maine*) y de errores y debilidades de los gobiernos españoles para que al fin se produjera la declaración de guerra.

Igualmente dudoso es el caso de Hawái, donde los hombres de negocios hawaianos habían estado conspirando durante años para lograr la anexión a los Estados Unidos y viéndose rechazados con mayor o menor firmeza por la administración norteamericana<sup>6</sup>. Hizo falta que se dieran razones estratégicas muy urgentes —la guerra contra España en Filipinas— para que el gobierno y el Congreso norteamericanos se decidieran a dar el paso que significaba la anexión del archipiélago hawaiano.

Pero esta versión asistemática del imperialismo es a todas luces insuficiente. En realidad, decir que el imperialismo es consecuencia de acontecimientos políticos inconexos no sólo es no explicar nada, es negar la existencia real del imperialismo. Pero los hechos están ahí, sin embargo, y no son los Estados Unidos el único país imperialista en el período que estudiamos. El imperialismo es un fenómeno mundial en estos años y tratar de minimizarlo dando explicaciones individuales de cada una de sus manifestaciones por separado resulta un esfuerzo de consecuencias triviales y de carácter poco satisfactorio. Tratando de quitar importancia a la enorme expansión territorial británica en la época victoriana, se ha dicho que Gran Bretaña se encontró a la cabeza de un imperio como consecuencia de una concatenación de distracciones. La respuesta inevitable es que hay que encontrar una causa a esta sospechosa serie de distracciones.

En el caso de los Estados Unidos, estos argumentos negadores del imperialismo se basan en un hecho frecuente y que, por la poca atención que ha

<sup>5</sup> Estos hechos se prueban en un trabajo mío titulado "La industria azucarera y

la guerra de Cuba, 1870-1898", no publicado aún.

<sup>6</sup> Esto se ilustra en PRATT, *op. cit.*

recibido merece ser subrayado aquí. Este hecho es el papel que ciertas minorías en los países subdesarrollados desempeñan en la dialéctica imperialista. No basta buscar los intereses económicos de la potencia expansionista; éstos tienen una contrapartida coadyuvante en las clases comerciantes, industriales y agrícolas de los países subdesarrollados, clases que se ven empujadas hacia la órbita de las grandes potencias por la fuerza de atracción que ejercen éstas por medio de sus grandes mercados y sus capitales de un lado, el poder de sus ejércitos, de sus instituciones económicas, sociales y políticas de otro. Esto hace que, en el caso de los Estados Unidos, por ejemplo, este país ejerza una presión imperialista sobre territorios vecinos aun antes de que sus líderes políticos se vean forzados a tomar partido expreso por una política de expansión territorial.

Dentro de las explicaciones de tipo político se han dado algunas más consistentes. Tenemos así el considerarse los Estados Unidos llamados a desempeñar un papel dirigente en el hemisferio occidental, principio que no era en absoluto nuevo en los años finales del siglo XIX, ya que se remonta al presidente Monroe, en épocas en que los Estados Unidos estaban bien lejos de tener ningún problema de excedentes. Sin embargo, para que este papel dirigente se hiciese efectivo sería necesario esperar a que el país se encontrase fuerte tanto económica como políticamente.

Tampoco podían los Estados Unidos ver con indiferencia el curso que tomaban los acontecimientos tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo. Las maniobras de las potencias europeas en África podían contemplarse con cierta tranquilidad. Pero sus continuos avances por la costa occidental del Pacífico, su partición de China, sus forcejeos por los archipiélagos polinesios, el avance ruso a través de la estepa asiática y especialmente las presiones y conflictos británicos —y también franceses— en el Caribe y Sudamérica tenían que afectar cada vez más a la nueva gran potencia americana. Una de las virtudes del libro de Lafeber al que antes aludí es que muestra el largo alcance político de incidentes diplomáticos tales como el forcejeo naval de Río de Janeiro de 1894, el incidente de Nicaragua de 1894-95, la cuestión fronteriza entre Venezuela y la Gran Bretaña, etc. No hay duda de que una de las consideraciones que movieron a los Estados Unidos a declarar la guerra a España era el miedo a un posible control inglés de la isla de Cuba, ni de que las anexiones de Hawái y las Filipinas estuvieron determinadas, al menos en parte, por razones estratégicas relacionadas con la expansión europea, rusa y japonesa en el Pacífico.

Todos estos hechos rebasan, pues, el ámbito puramente doméstico en lo que atañe a los factores que intervienen en la conformación de la política imperialista norteamericana. El gran error en la discusión acerca del imperialismo norteamericano es un error de enfoque. Se hace necesario darse cuenta de que el análisis de los factores puramente domésticos, como hacen Lafeber y Pratt, no es bastante para aclarar todos los fenómenos relacionados con este movimiento de expansión. Una versión inteligible del imperialismo norteamericano requiere que se le sitúe en un contexto internacional, porque no se trata de un fenómeno aislado, sino que es un episodio de —y, en cierto modo, una respuesta a— un movimiento de dimensiones mundiales.

Esta perspectiva más amplia nos ayudará a responder a la pregunta que

inmediatamente se plantea ante los hechos que mencionamos inicialmente, a saber: ¿Por qué se limitó la expansión norteamericana a una serie de islas de importancia económica comparativamente pequeña?

\* \* \*

En esta segunda parte me propongo hacer un examen somero de las doctrinas más relevantes relativas al imperialismo como fenómeno mundial, para obtener unas cuantas conclusiones y aplicarlas al caso norteamericano.

Ha habido numerosos intentos de sintetizar y explicar el movimiento imperialista mundial. Podemos aquí otra vez trazar una frontera entre las explicaciones económicas y las no económicas. La importancia de esta distinción está en el hecho de que la explicación económica implica una crítica expresa o tácita del sistema social, político y económico vigente. Desde luego, la intensidad de la crítica varía de un escritor a otro y las soluciones propuestas van desde la revolución hasta una simple pasividad malhumorada. Pero lo que es esencial a las interpretaciones económicas del imperialismo es el considerarlo consecuencia directa del sistema capitalista o, al menos, de cierto tipo o de cierto estadio del capitalismo. Las teorías no económicas, por el contrario, tratan de negar la inevitabilidad del fenómeno y de presentarlo como algo más o menos accidental. Esto permite evitar juicios definitivos acerca del sistema social, económico y político de los países imperialistas de modo que, aun en el caso de que se critique la política imperialista, la solución propuesta puede limitarse a un cambio en esta política, sin necesidad de un cambio radical en el sistema.

Un ejemplo claro de esta postura es el libro de Schumpeter sobre los imperialismos<sup>7</sup>. Su investigación se remonta a los imperios asirio y egipcio, para llegar hasta el siglo XX. En pocas palabras, la teoría de Schumpeter descarta las causas económicas del imperialismo salvo las tangenciales o accidentales. Para él, el imperialismo es síntoma de una enfermedad social: el militarismo. El militarismo puede ser debido a una gran variedad de causas. Puede ser el resultado de una guerra defensiva que deja al país defensor, tras la expulsión del enemigo, con una poderosa organización militar falta de objetivo urgente. Esta máquina militar termina por emplearse en guerras de conquista; la función ha creado el órgano y luego el órgano crea la función. Este es el caso del Antiguo Egipto tras la invasión de los Hiksos. Esta máquina guerrera puede también ser herencia de un sistema social anterior. Así, las naciones de la Edad Moderna heredaron una nobleza ociosa y agresiva, que fué la causante y protagonista de las guerras europeas y de la expansión ultramarina de los siglos XVII y XVIII. Estas teorías son ingeniosas y difíciles de discutir sin acometer un estudio largo y cuidadoso de las épocas de referencia (dudo que Schumpeter lo hiciera). Pero lo que a nosotros nos interesa es saber cómo explica los hechos que aquí discutimos, cómo encaja en su teoría el imperialismo de fines del siglo XIX y principios del XX. Hay que decir que Schumpeter advierte la existencia de factores económicos subyacentes en las tendencias expansionistas de este período; pero no cree que sean decisivos estos factores porque, a largo plazo, las ventajas del libre cambio son tan grandes que

<sup>7</sup> JOSEPH A. SCHUMPETER, *Imperialism and Social Classes*, New York, 1951.

incluso los carteles internacionales han de terminar por rendirse a la evidencia y renunciar a la penetración económica, abandonando el proteccionismo, el dumping, las concesiones monopolísticas y otras prácticas de competencia desleal. Rechazadas con tanta facilidad las razones económicas, Schumpeter vuelve a su tema favorito: el imperialismo es una herencia de épocas primitivas. De este modo el imperialismo contemporáneo resulta ser obra de ciertos residuos autocráticos que el Estado burgués no ha podido eliminar todavía.

La coherencia de este argumento exige que se niegue la existencia del imperialismo norteamericano, puesto que los Estados Unidos son un país sin pasado feudal y sin una aristocracia belicosa. Pero las anexiones están ahí, pidiendo una explicación. La de Schumpeter es sublime: el imperialismo norteamericano es debido a los inmigrantes europeos, que trajeron con ellos las semillas de la agresividad aristocrática del Viejo Continente —pese a que la mayoría de estos inmigrantes pertenecía a los más humildes estratos de la clase trabajadora. Pero Schumpeter no se detiene en estas menudencias: James Blaine, William MacKinley y Theodore Roosevelt se convertirán en representantes de los emigrantes europeos, si eso es necesario para la integridad de su teoría del "imperialismo hereditario". Y para dar la última prueba de lo benigno de este imperialismo importado, Schumpeter señala a Méjico y Canadá, que sobreviven pese a su vecindad con el coloso<sup>8</sup> (Schumpeter no menciona las enormes anexiones que a costa de ambos países hicieron los Estados Unidos a lo largo de la primera mitad del siglo XIX). Tanta ingenuidad resulta excesiva.

La fragilidad del razonamiento de Schumpeter es clara. Su descripción de una nación burguesa con un Estado aristocrático se ajusta sin duda a la Alemania de su tiempo. Pero él no tenía en cuenta que muchos de los países que heredaron una nobleza numerosa y guerrera eran víctimas más bien que beneficiarias del régimen imperialista; éste es el caso de Marruecos, España, Egipto, Turquía, China... Ni que los países lanzados a la carrera imperialista estaban todos —con la excepción de Portugal e Italia, casos muy secundarios— experimentando un rápido desarrollo económico, o habían alcanzado ya cierta madurez económica.

La teoría económica del imperialismo fué expuesta por primera vez por Hobson en los primeros años de este siglo. Fué recogida años más tarde por una serie de escritores marxistas: Rosa Luxemburgo, Rudolf Hilferding y Lenin.

El libro de Hilferding, *Das Finanzkapital*<sup>9</sup>, es más que una teoría del imperialismo; se trata de un intento ambicioso de poner al día el *Kapital* de Marx y, en lo relativo al imperialismo, hace un desarrollo excelente de la teoría de Hobson.

Hobson estableció los rasgos generales de lo que había de ser considerado generalmente como la teoría económica del imperialismo<sup>10</sup>. Ha quedado muy brevemente resumida cuando me referí a las causas económicas del imperia-

<sup>8</sup> Ver esta afirmación pintoresca en SCHUMPETER, *op. cit.*, p., 95. Toda la argumentación relativa al imperialismo contemporáneo está contenida en el capítulo 5, "Imperialism and Capitalism", pp. 83-130.

<sup>9</sup> Edición española, RUDOLF HILFERDING, *El Capital Financiero*, Madrid, 1963.

<sup>10</sup> J. A. HOBSON, *Imperialism, a Study*, Londres, 1905, ed. revisada.

lismo norteamericano: obtención de materias primas, expansión de mercados y búsqueda de nuevos campos de inversión. Hobson estudió el imperialismo británico y la mayor parte de sus datos están tomados del caso inglés, pero él mismo extiende la validez de sus conclusiones al resto de las potencias imperialistas. Aunque no voy a repetir su argumentación, por haberla resumido antes, creo que vale la pena hacer unas cuantas observaciones:

a) La teoría de Hobson sobre la tendencia expansionista está ligada a la teoría de las crisis que desarrolló en obras anteriores. Se adelantó a Keynes en atribuir la causa de las crisis a un exceso de ahorro debido a una distribución irracional —no sólo injusta— de la renta. Este exceso de ahorro es lo que él llamaba la raíz del imperialismo, porque impulsa a las clases ricas a buscar en el exterior nuevas oportunidades de inversión. Por lo tanto, el remedio que Hobson propone es un remedio “keynesiano”: la redistribución de la renta por medios fiscales.

b) Hobson pone de relieve que el imperialismo es frecuentemente antieconómico para el país imperialista, es decir, es irracional desde el punto de vista de la economía nacional. Esto no es una concesión polémica, al contrario, es un punto esencial en su razonamiento, porque él trata de convencer a sus conciudadanos de que está en su interés abandonar la política imperialista. Su tesis es que el imperialismo sólo beneficia a las clases adineradas, en tanto que perjudica a la mayoría de la población.

c) Hobson hace hincapié en el papel que desempeña la inversión exterior y niega prácticamente que el comercio sea un aliciente para la política imperialista, ya que advierte que el comercio entre potencias imperialistas es mucho mayor que el existente entre estas potencias y sus colonias, así como también el hecho de que muchas colonias tienen lazos comerciales más intensos con otro país que con su propia metrópoli.

Lenin acepta el razonamiento básico de Hobson, pero rechaza la posibilidad de una alternativa al imperialismo dentro del marco del capitalismo. Sitúa la política imperialista en el contexto del capitalismo internacional. Para él, el imperialismo no es una política equivocada, sino la única política posible del capitalismo monopolista, cuya explotación de las clases trabajadoras ha sobrepasado las fronteras nacionales y aspira a una extensión a escala mundial del sistema de lucro. Muy de acuerdo con sus creencias, concibe el imperialismo como la prolongación internacional de la lucha de clases, en la cual los capitalistas utilizan los recursos y la fuerza de sus Estados nacionales no ya para subyugar a los trabajadores de su país, sino para explotar a los de países más débiles. De este modo, la política y la economía se mezclan de manera inextricable. Los capitalistas y financieros harán concesiones a las exigencias de los grupos militaristas para lograr la ayuda de estos grupos cuando se trate de perseguir sus propios objetivos. El imperialismo se convierte así en una mezcla de militarismo y expansión económica en la cual resulta muy difícil separar el uno de la otra.

Sin embargo, hay un corolario a este análisis económico que Lenin no mencionó y que ha sido señalado por Gallagher y Robinson<sup>11</sup>. Su tesis puede resumirse así: si el imperialismo es, en último término, una lucha por la ob-

<sup>11</sup> J. GALLAGHER y R. ROBINSON, “The History Review, 2.<sup>a</sup> serie, Vol. VI, n.º 1 Imperialism of Free Trade”, *Economic* (Agosto, 1953), pp. 1-15.



tención de beneficios, no necesita manifestarse en la anexión formal de territorios. Puede perfectamente haber un imperialismo sin nexo formal cuando los beneficios pueden asegurarse sin necesidad de control político. El artículo de Gallagher y Robinson se refiere exclusivamente al período central de la era victoriana inglesa, pero este tipo de argumento puede aplicarse a casos más recientes y a otros países. Como norma general, sólo cuando las condiciones políticas de las regiones o países subdesarrollados no ofrecen los requisitos necesarios para una integración económica y cuando su debilidad relativa lo permite, utilizará la fuerza la potencia imperialista para crear las condiciones requeridas. Es cierto que es la expansión económica la que selecciona las regiones más apropiadas, pero muy frecuentemente son razones de seguridad y aun de prestigio las que determinan la evolución de las relaciones políticas entre esta región y la metrópoli. El caso de China a fines del siglo XIX y principios del XX ilustra muy claramente cómo las rivalidades políticas entre varias potencias imperialistas atraídas a un mismo punto por razones económicas pueden transformar la penetración económica en una carrera militarista en que las razones comerciales y financieras quedan a veces relegadas a segundo término<sup>12</sup>.

De todas las teorías examinadas podemos ahora extraer las siguientes conclusiones:

1. Predominan en el imperialismo las causas económicas. En esencia, el mecanismo básico del imperialismo había sido ya previsto por los economistas clásicos: el flujo de capital desde las economías desarrolladas a las subdesarrolladas en busca de beneficios más altos. Pero la transferencia no realiza con la esperada suavidad: casi todas las industrias locales se vieron arruinadas, las poblaciones indígenas se vieron sometidas a un régimen de cuasi esclavitud, los gobiernos locales fueron sobornados o derribados, cualquier tipo de resistencia fué aplastada militarmente y las rivalidades entre imperialistas y colonizadores dieron lugar a anexiones y guerras. En general, las tensiones y los sufrimientos del desarrollo económico —cuando lo hubo— corrieron a cargo de la población nativa, mientras que los beneficios pasaron en su mayor parte a manos extranjeras. En general, la mayor divergencia entre la realidad y la teoría fué el estrecho nexo existente entre el aparato estatal del país imperialista y los financieros e inversores en el extranjero.

2. Sería infructuoso buscar una estrecha correlación entre las medidas expansionistas y los intereses económicos, ya que, a pesar de que las fuerzas motrices son principalmente económicas, la acción estatal tiende a conciliar una serie de objetivos estratégicos, diplomáticos, políticos y económicos que son frecuentemente incompatibles. El hecho de haber otras potencias imperialistas en busca de los mismos objetivos en las mismas áreas y empleando una gama de medios que va desde cañones y acorazados hasta misioneros e instituciones culturales pasando por misiones diplomáticas, agentes dobles y

<sup>12</sup> Es ilustrativo como ejemplo el caso de la cadena de incautaciones de puertos chinos a fines de 1897 y principios de 1898 por Alemania (Kiaochow), Rusia (Port Arthur) y, finalmente, Inglaterra, que arrienda Weibaiwei, carente de condiciones militares

o comerciales, sólo por razones de prestigio. Ver WILLIAM L. LANGER, *The Diplomacy of Imperialism*, Nueva York, 1935, T. II, Cap. XIV (pp. 445-480) y pp. 485-487.

espías, explica satisfactoriamente ciertas discontinuidades en el hilo rojo de los intereses económicos.

3. Hay que tener en cuenta el papel del sector capitalista en los países subdesarrollados. Se supone a veces tácitamente que el papel del país subdesarrollado en la dinámica del imperialismo es puramente pasivo, limitándose su actividad a ciertas explosiones esporádicas de xenofobia. Pratt muestra claramente que las cosas ocurrieron de modo muy distinto en Hawai, donde la minoría rica, que ostentaba un poder político considerable, presionó en favor de la anexión a los Estados Unidos desde años antes de 1898. El caso de Cuba muestra ciertas similitudes, sobre todo durante la Guerra de los Diez Años, ya que durante la de Independencia, por razones que ahora no son del caso, el sentimiento nacionalista predominaba ampliamente.

4. El imperialismo no se limita a casos de control político, en tanto que hay casos de control político que pueden clasificarse como colonialismo más que imperialismo (casos de Canadá, Australia y Alaska). Puede hablarse de imperio sin nexo formal en los casos en que, por medio de un flujo potente de inversión internacional, un país formalmente independiente queda financieramente ligado a otro exportador de capital. Este es el caso de la mayoría de los países latinoamericanos con respecto a Inglaterra durante el siglo XIX. Sin embargo, no todos los casos de fuertes nexos financieros entrañan sujeción al país prestamista, como muestra la relación entre los Estados Unidos e Inglaterra durante esa misma época.

Veamos ahora cómo podemos aplicar nuestras conclusiones al caso norteamericano.

El imperialismo norteamericano aparece en un período de rápido desarrollo económico, pero siendo los Estados Unidos todavía una nación deudora adulta, en que la importación de capital y el excedente en la balanza comercial equilibran (en este caso con creces) el déficit de la cuenta de pagos invisibles y de la de intereses y dividendos al extranjero. Ello quiere decir que las fuerzas económicas interesadas en encontrar nuevas oportunidades de inversión pudieron haberse visto contrarrestadas por otras interesadas en mantener buenas relaciones internacionales para conservar el flujo de inversión europea. Esto es en realidad lo que ocurrió. La comunidad financiera estuvo dividida durante largo tiempo en cuanto a las anexiones de 1898 e incluso en cuanto a la decisión de declarar la guerra a España<sup>13</sup>. También falta en los Estados Unidos otro aliciente expansionista que existe en los países europeos: una alta densidad de población. Esta falta de excedente demográfico quita gran parte de su atractivo a la creación de la administración colonial que las anexiones territoriales entrañan. La fuerza decisiva que lanzó al país por el sendero de la guerra y la anexión fué en realidad la crisis de 1893 y la búsqueda de nuevos mercados. Los ojos de los hombres de negocios norteamericanos estaban puestos en los cientos de millones de asiáticos y el gigantesco mercado potencial que representaban. El principal aliciente de una guerra contra España era no tanto Cuba cuanto Filipinas, excelente base naval para el comercio con China y el resto de Asia. La anexión de Filipinas por los Estados Unidos puede verse como una respuesta a las apropiaciones de puertos chinos por las potencias europeas, y representaba una fuerte conminación a escuchar a la nue-

<sup>13</sup> LAFEVER, *op. cit.*, pp. 385 ss.

va potencia americana en sus recomendaciones sobre la política de puerta abierta en China.

En la zona del Caribe, lo que los Estados Unidos persiguen es contrarrestar la influencia de Inglaterra, afirmando su preponderancia en un área en que la república del Norte se cree con derecho a una cierta hegemonía política y económica.

Las anexiones, por tanto, no constituyen un fin en sí mismas. Su objeto es la creación de una serie de cabezas de puente en áreas clave para una penetración económica que habrá de desarrollarse posteriormente a través de la política que se conoce con el nombre de la "diplomacia del dólar". Por eso, una vez asegurada su preponderancia en el Caribe gracias a Puerto Rico y la base de Guantánamo, los Estados Unidos pueden permitirse el lujo de hacer honor a la palabra dada en la enmienda Teller y dar a Cuba una independencia teórica en 1902.

Por último, hay que poner de relieve que, dadas las especiales condiciones económicas internas en que estos primeros pasos del imperialismo norteamericano tienen lugar, este imperialismo tiene que perfilarse como una política de respuesta a circunstancias exteriores. La guerra hispano-norteamericana es una oportunidad que se brinda a los Estados Unidos sin la menor intervención de sus políticos o diplomáticos; su causa profunda es la incapacidad española para resolver los problemas que plantea el crecimiento económico de Cuba, cada vez más dependiente del mercado azucarero norteamericano. El mismo papel absorbente ejerce el mercado norteamericano sobre Hawai, donde los Estados Unidos se limitan a una política de penetración económica hasta que la oportunidad estratégica y ambiciosos planes económicos a largo plazo de penetración económica en Asia les impulsan a la anexión. Pero es que, además, la serie de incidentes diplomáticos a los que me referí más arriba, junto con la famosa nota del Secretario de Estado Hay sobre la política de puerta abierta en China en 1899 son indicios claros de esta política de imperialismo de reacción que parece lógico esperar de un país deudor adulto y con escasa densidad de población.

GABRIEL TORTELLA

Madison, 1964.